

Procesos migratorios, identidad étnica y estrategias adaptativas en las culturas indígenas de Chile: una perspectiva preliminar

María Ester Grebe

INTRODUCCIÓN

El crecimiento progresivo y relevancia sociocultural de los procesos migratorios rurales-urbanos en Latinoamérica —con especial referencia a los países andinos y su población indígena y mestiza— han sido reconocidos y estudiados a partir de mediados del presente siglo por algunos antropólogos, destacándose el aporte temprano de Mangin ([1959 1965, pp. 311-323; y 1970). Su diagnóstico temprano permitió reconocer un problema principal: el surgimiento no planificado y el crecimiento gradual de poblaciones provisionarias asentadas en las periferias de los principales centros urbanos del área andina.

Mientras en Ecuador, Perú, Bolivia y el norte de Chile los migrantes han sido y son, en su mayoría, indígenas provenientes de regiones altiplánicas, serranas o precordilleranas, en el centro y sur de Chile son ya sea campesinos chilenos de zonas agrícolas o bien indígenas originarios de diversas comunidades regionales *mapuches* —considerando entre ellas a *pewenches*, *lafkenches* y *williches* de las Regiones VIII, IX y X—. A ellos se suman una cantidad apreciable de migrantes *rapa-nui* provenientes de Isla de Pascua.

En general, el proceso migratorio de los indígenas de Chile parecen ser motivados por diversas causas y problemas, destacándose entre ellos la búsqueda de condiciones socioeconómicas, la solución de problemas derivados del incremento de la densidad poblacional en las comunidades indígenas rurales, y la atracción ejercida por la modernidad de los grandes centros urbanos.

No obstante, el proceso migratorio implica el desarrollo de estrategias

adaptativas en el nuevo medio que, por lo general, suele coexistir con un proceso de aculturación en marcha. Dicho proceso influye en la cultura indígena y su identidad étnica en la medida que nuevas generaciones nacen y se van adaptando progresivamente en el entorno urbano. Pero, al mismo tiempo, suele generarse una maduración de la etnicidad, produciéndose una mayor nitidez en los criterios étnicos mediante los cuales los indígenas se autoidentifican como miembros de sus respectivos grupos étnicos, reconociendo sus diferencias con aquellos “otros” que pertenecen a la sociedad mayor o a grupos étnicos exógenos.

Los grupos étnicos en contacto “son categorías de adscripción e identificación” que organizan la interacción (Barth, pp. 10-11). Para observar estos procesos de contacto cultural, “desviamos el foco de la investigación de la constitución interna y de la historia de los grupos étnicos para centrarlo en los límites o fronteras étnicas y su persistencia” (*loc. cit.*). Distinguimos a un grupo étnico porque se autoperpetúa biológicamente, comparte unitariamente valores culturales, integra un espacio de comunicación e interacción, y sus miembros se identifican a sí mismos (nosotros) y son identificados por otros (ellos) constituyendo categorías diferenciables (*loc. cit.*: cf. Narroll, p. 289).

En consecuencia, lo fundamental en el concepto de identidad étnica reside tanto en la autoadscripción a un grupo étnico como también en la adscripción efectuada por quienes no pertenecen a él —“los otros”—, mediante sus respectivas etnocategorías. La identificación y perpetuación de un grupo étnico dependerá fundamentalmente de la mantención de sus límites o fronteras étnicas, que marca las diferencias entre sus miembros y los demás (*ibíd.*, pp. 12-15). Esta perspectiva teórica abre nuevas posibilidades para el estudio de los procesos migratorios de grupos étnicos centro y surandinos que han experimentado un incremento progresivo en las últimas décadas.

En el mundo andino, las tendencias migratorias siguen dos direcciones: *este-oeste* y *sur-norte*.

1. El proceso de desplazamiento de *este a oeste*, denominado *proceso de costenización*, se caracteriza por una tendencia general hacia el descenso de poblaciones —cuya vida y cultura se ha desarrollado entre los 3.000 y 1.000 metros de altura— para asentarse en lugares de menor altura. Los migrantes acceden preferentemente a sectores periféricos de los puertos y ciudades principales ubicados casi al nivel del mar. El proceso migratorio implica una adaptación a un nuevo medio ambiente físico y sociocultural. Exige una modificación del estilo de vida como también un cambio en la orientación del sistema ideacional que afecta a los patrones cognitivos y simbólicos (Grebe, 1986, pp. 215-222). Todo ello incide, en mayor o menor grado, en las poblaciones andinas de las áreas septentrional, central y centro-sur, desde Ecuador hacia el norte de Chile y Argentina.

2. El proceso de desplazamiento *de sur a norte* caracteriza tanto a la migración campesina de Chile proveniente del valle central, como también a la migración de *mapuches* chilenos desde sus reducciones sureñas hacia los principales centros urbanos ubicados en el centro y sur del país. Entre estos últimos se destaca Santiago como centro receptor principal, seguido de Valparaíso, Concepción y otras ciudades.

Desde mediados del presente siglo, se ha producido un incremento de dichos procesos migratorios en la medida que el desarrollo socioeconómico de cada país ha posibilitado mejores expectativas de vida en sus áreas urbanas. Por tanto, las periferias de capitales tales como Quito, Lima, La Paz y Santiago de Chile han experimentado un crecimiento significativo. El proceso migratorio tiende a seguir un modelo o prototipo similar. Buechler y Buechler, pp. 43-46) han dado cuenta de este modelo, ilustrándolo con el caso de una familia indígena campesina que decide migrar hacia La Paz. Dicho proceso se caracteriza por el acceso inicial a una residencia provisoria, al acceso y/o compra de un terreno en la periferia, y la autoconstrucción de una vivienda. Posteriormente, cada familia se constituye en un centro de recepción y ayuda a nuevos migrantes, entre los cuales se da preferencia a parientes y compadres.

En las últimas décadas, se desarrolla un movimiento migratorio masivo de juventudes indígenas en algunos sectores del área andina. Un ejemplo notable se da en el área surandina del Perú, donde “una gran parte de los más inteligentes en las escuelas, de los más audaces y con mayor iniciativa se van y dejan a los mayores, a los menos capaces en su lugar de origen” (Iguñiz, p. 32) Varios fenómenos han contribuido a agudizar este problema. Algunas comunidades campesinas andinas se han visto afectadas por desastres naturales, extrema pobreza, baja calidad y expectativas de vida, lata tasa de mortalidad infantil, etc.

No obstante, en el área andina se producen algunos casos notables de adaptación exitosa de migrantes indígenas al nuevo medio urbano. Entre ellos, se destacan los *otavaleños* de Ecuador y los *aymaras* del norte de Chile residentes en los puertos de Iquique y Arica.

El caso de los *otavaleños* sobresale por su extraordinario desarrollo adaptativo. Ellos han logrado dar continuidad a su condición de antiguos tejedores tradicionales de la Colonia produciendo masivamente una artesanía contemporánea de raíz indígena. El centro de gravitación de dicho proceso es la ciudad de Otavalo, en la cual estos indígenas se han convertido en prósperos empresarios a cargo de la producción, distribución y comercialización de su artesanía. Con gran habilidad han logrado aumentar su producción sin perder su calidad y exportar su artesanía tanto hacia Latinoamérica como también hacia varios países europeos, USA y Japón. Su éxito económico les ha permitido ampliar su radio de acción, ocupando gradualmente espacios mayores en la ciudad de Otavalo. A pesar de haber accedido y asimilado diversos rasgos

culturales occidentales, han logrado mantener su propia cultura e identidad mediante el refuerzo de sus patrones ideacionales y conductuales externalizados tanto en su lengua y vestimenta indígena como también en sus creencias, valores y expresiones artísticas. Mediante su artesanía, ellos han logrado mantener y fortalecer su identidad étnica (Sánchez, pp. 332-333; cf. Salomón, p. 432).

3. El caso de los *aymaras* del norte de Chile es igualmente notable tanto por sus estrategias y capacidades adaptativas como por su espíritu emprendedor. A partir de la década del '50, se advierte un incremento significativo del proceso migratorio de cordillera a costa que coincide con la apertura de la zona franca del puerto de Arica en 1952, proceso que se intensifica notablemente a partir de la apertura de una zona franca similar en Iquique durante 1977. Muchos aymarás exploraron las posibilidades económicas brindadas por los centros urbanos de la costa.

Con el propósito inicial de poseer medios de transporte propios que les permitiesen efectuar, sin intermediarios, el traslado y venta de su producción agropecuaria altiplánica y precordillerana en las ferias y mercados urbanos, los pastores procedieron a adquirir camionetas utilitarias, camiones medianos y grandes aprovechando las ofertas de la zona franca. Así muchos pastores se transformaron en activos y eficientes transportistas, lo cual aumentó notablemente su movilidad. Multiplicaron gradualmente las funciones del camión destinándolo al transporte de pasajeros y/o abarrotes hacia las aldeas cordilleranas, de mercaderías importadas hacia las ferias fronterizas; y de productos agropecuarios de la precordillera y altiplano destinados a las ferias y mercados urbanos de las Regiones I, II, y III de Chile. Desde las áreas fértiles del Norte Chico (Ovalle y La Serena), se regresaba con un cargamento de frutas y verduras frescas destinado a los pueblos y ciudades del norte árido (Grebe, 1984, pp. 128). Hoy día, los transportistas aymarás que han logrado destacarse por el éxito de su gestión económica autosuficiente se han transformado en prósperos empresarios dueños de flotas de grandes camiones, los cuales —además de su destino a las tareas y compromisos habituales de su propietario— prestan servicios en diversas actividades regionales, arrendándose ocasionalmente a las industrias que lo requieren.

PROCESOS MIGRATORIOS DE INDÍGENAS EN CHILE
AYMARAS, ATACAMEÑOS, MAPUCHES, RAPA NUI, ÚLTIMOS KAWESKAR Y YAMANAS.
AYMARAS (I REGIÓN)

En el presente, los aymarás de Chile constituyen el segundo grupo étnico del país, que sigue en importancia a los mapuches. Actualmente, ascienden a un total de 48.477 habitantes (INE [1992] 1993, p. 69), de los cuales 15.461 residen en su hábitat original rural o bien en sectores urbanos de la I Región. Los restantes 33.016 se dispersan en diversas regiones del país.

Los antecedentes históricos de la movilidad y migración aymara en Chile se remontan a antiguos modelos tradicionales de transhumancia andina, aun cuando durante el presente siglo se vinculan al auge de las salitreras. De acuerdo a testimonios entregados por personas que residieron en las oficinas salitreras próximas a Iquique, en las décadas de 1930 y 1940 era común que llegaran pequeñas caravanas de aymarás provenientes de la precordillera y altiplano de Tarapacá con el propósito principal de hacer trueque o venta de sus diversos productos agropecuarios andino. Adquirían a su vez algunos abarrotos —tales como azúcar, harina y arroz—, regresando a sus asentamientos andinos con la nueva carga. También solían participar en peregrinaciones y fiestas rituales en los santuarios de la pampa y costa (Grebe, 1986, pp. 207-208).

Sus caravanas viajaban por los caminos troperos o huellas con sus mulas y burros cargados. Solían pernoctar a la intemperie o en corralones proporcionados por algunas oficinas salitreras. Algunos de estos aymarás se convirtieron en eficientes obreros de las salitreras cuyo número tendió a aumentar progresivamente, produciéndose algunas alianzas matrimoniales con residentes chilenos (*loc. cit.*).

Después de la apertura de los caminos hacia el interior de Iquique —ocurrido entre 1960 y 1965—, se inició el tránsito de camiones chilenos que sustituyeron gradualmente a las caravanas aymarás en el transporte y compraventa de productos agropecuarios andinos. Esta situación se prolongó hasta 1977, año en que los aymarás iniciaron su adquisición de camionetas utilitarias y camiones en la zona franca de Iquique con el fin de transportar y vender sin intermediarios sus productos en el mercado urbano. De este modo el pastor jefe de hogar se convirtió en transportista, delegando sus funciones de pastoreo a su esposa e hijos (Grebe, 1983, pp. 2-3; 1984, pp. 128-129; 1986, p. 208). Inevitablemente, se produjo después de migración de familias aymarás, que tendieron a abandonar sus viviendas y terrenos cordilleranos de pastoreo y cultivo dejándolos a cargo de un cuidador. En el nuevo medio, muchas de dichas familias renunciaban a sus recursos productos agropastoriles tradicionales, buscando nuevas opciones para optimizar su calidad de vida.

De este modo, se generó un flujo migratorio creciente que incentivó e incrementó el proceso de aculturación, el debilitamiento de los lazos de

parentesco con el patrilinaje, y la degradación del ecosistema local altiplánico o precordillerano. Dicho proceso ejerció también presión sobre los ecosistemas y poblaciones humanas en las zonas costeñas y pampinas que suelen acoger a los migrantes (Baker, 1975, p. 6). En el nuevo medio, los aymarás tendieron a adoptar y asimilar algunas tecnologías modernas, accediendo a un nuevo concepto de “progreso” influido por el proceso de modernización que se da al interior de la sociedad mayor (Grebe, 1986, p. 205).

Según las opiniones entregadas por los propios migrantes aymaras, las principales causas de su proceso migratorio han sido y son la sequía, el conflicto religioso, los problemas educacionales, la presión social, el trabajo, y otros factores misceláneos. Hay consenso en que la sequía y sus efectos destructivos en el hábitat andino y sus recursos productivos han sido el factor causal desencadenantes de la migración. Asimismo, han contribuido decisivamente tanto el conflicto religioso entre pentecostales y católicos como también la búsqueda de mejores niveles educacionales para los hijos. La influencia ejercida por los aymaras migrantes sobre sus parientes próximos residentes en el altiplano o precordillera ha incentivado motivaciones poderosas para el abandono del hábitat original.

Tanto la gran habilidad de los aymaras para el comercio como su frugalidad e inclinación por el ahorro los ha motivado a explorar y encontrar mejores opciones de trabajo autónomo, para luego acceder a las alternativas regionales y locales más convenientes que les brinda la economía de la sociedad mayor. De este modo, a lo largo de las dos últimas décadas los migrantes aymarás han experimentado un progreso económico evidente. Al generar y administrar autosuficientemente sus propios capitales, les ha sido posible lograr una inserción exitosa en el sistema de libre mercado (ibíd., pp. 208-210). Dicha autosuficiencia —unida a su valoración del ahorro y austeridad, y a su amor por la libertad e independencia— se han combinado flexiblemente con la reactualización de los principios, andinos autóctonos de reciprocidad y complementariedad.

ATACAMEÑOS (II REGIÓN)

Los *atacamenos* fueron excluidos del censo de poblaciones indígenas (INE [1992] 1993, p. 69), probablemente por la pérdida del *kunza*, su lengua nativa. No obstante, ellos han sido capaces de mantener un legado importante de su cultura tradicional. (Véase al respecto, Grebe e Hidalgo, pp. 75-97).

En la región *atacameña*, el auge de la industria salitrera provocó un cambio drástico en el estilo de vida tradicional. En las décadas tempranas del siglo xx, la explotación del salitre atrajo a una gran cantidad de hombres provenientes de diversos puntos del país (sur, norte, cordillera y costa), lo cual provocó un incremento progresivo del tránsito y establecimiento de foraste-

ros. Al mismo tiempo, la población nativa del área *atacameña* perdió una cantidad significativa de hombres que se diseminaron en diversas oficinas salitreras. Debido a las necesidades generadas en estas oficinas se fomentó el arrierismo *atacameño*, trayéndose continuamente desde Argentina grandes rebaños de ganado vacuno e iniciándose la caza de la chinchilla. La creciente demanda de obreros para las industrias extractivas del salitre generó además una migración estacional de jóvenes y adultos jóvenes *atacameños*, principalmente durante el verano (Hidalgo, pp. 65-67, p. 107).

De este modo, la industria del salitre incidió en una alteración del estilo de vida, costumbres y economía tradicional *atacameña*. El nivel de vida de los trabajadores "calicheros" de la pampa fue insuficiente (Vial Correa, III, pp. 1393-1394). Su aislamiento influyó en el fomento de un estado de malestar, abandono y depresión que repercutió en el incremento del alcoholismo.

En el presente, se observan algunas continuidades y analogías entre los modos de vida del ciclo salitrero y el actual. Los hombres *atacameños* continúan trabajando por temporadas extensas o breves en la minería del cobre, litio, hierro y otros minerales ubicados en las proximidades de Calama, Peine, cordillera o desierto. Subsiste un patrón de movilidad activa que afecta principalmente a los hombres jóvenes y adultos. Sus "ausencias motivadas por trabajos pueden abarcar varios meses e interrumpirse abruptamente cuando la persona desiste de la ocupación, regresando a su hogar donde cooperará en las tareas habituales mientras no surja una nueva ocasión de trabajar lejos de la familia y del pueblo" (Hidalgo, p. 68).

A esto se suma el problema del alcoholismo en los hombres *atacameños*, introducido por los troperos argentinos y agudizado en el contexto del trabajo de las salitreras. Dicho problema sigue afectando el desarrollo y bienestar tanto de las comunidades rurales como de los pueblos y ciudades próximos a los asentamientos mineros en la región *atacameña*. El alcoholismo de los hombres hace imposible el ahorro, e impide lograr mejores niveles de vida a sus familias. Sus ahorros de meses de trabajo duro suelen gastarse en una o más fiestas con alta ingestión de alcohol. De este modo, suelen regresar a su trabajo sin dinero y sin haber aportado al incremento del patrimonio familiar y al bienestar de la esposa e hijos (ibíd., pp. 98-100).

Debido a las ausencias reiteradas de sus esposos e hijos mayores, las mujeres *atacameñas* han debido asumir roles de importancia creciente en las labores productivas agropecuarias y artesanales de la familia. Suelen participar activamente no sólo en los Centros de Madres sino también en las Juntas de Vecinos y otras agrupaciones de su comunidad. Algunas de ellas han demostrado ser capaces de sustituir eficientemente a los hombres en la toma de decisiones y conducción de la comunidad (ibíd., pp. 96-97).

MAPUCHES (VIII, IX Y X REGIONES)

En el presente, los mapuches constituyen la población indígena mayoritaria de Chile. Según las cifras aportadas por el censo oficial de Chile (INE, p. 69) ellos ascienden a 928.060 habitantes. Entre ellos, 337.676 residen en sus respectivas regiones originales del sur del país (VIII, IX y X). Sin embargo, el centro de gravitación principal hacia el cual converge la mayoría de los migrantes mapuches es Santiago y sus áreas periféricas circundantes. En la actualidad (INE, *loc. cit.*), la población *mapuche* urbana de la Región Metropolitana asciende a 409.079 habitantes, seguidos muy de lejos por grupos minoritarios de *aymaras* (12.308) y *rapanui* (11.648), mientras los restantes 181.305 migrantes *mapuches* se dispersan en las demás regiones del país. A lo anterior se suma la migración y radicación de una importante cantidad de *mapuches* chilenos en la Patagonia argentina.

Mediante el estudio de datos demográficos derivados de las estadísticas oficiales recientes del INE ([1992] 1993), complementadas con las de Oyarce, Romaggi y Vidal, es posible inferir que en la medida que avanza progresivamente el proceso de desarrollo experimentado en Chile, se produce el incremento de la migración rural-urbana *mapuche* focalizada principalmente en la ciudad de Santiago. Se verifica que en algunas de sus comunas periféricas residen una gran cantidad de migrantes *mapuches*, seguidos a gran distancia por grupos minoritarios de *aymaras* y *rapa-nui*.

En este contexto es de interés comprender las causas principales de este fenómeno demográfico, el cual se articula con varios fenómenos socioculturales.

En primer lugar, la población *mapuche* es joven (40% con menos de 15 años y sólo un 7% con más de 64 años). Se da una mayor emigración femenina joven en edades tempranas, y una tendencia hacia el reemplazo de la familia extensa por la nuclear, particularmente entre los migrantes. El analfabetismo funcional alcanza al 57% en la población mayor de 5 años, aun cuando se observa un aumento de la asistencia escolar en la población más joven. En las reducciones *mapuches*, se mantiene la economía tradicional de subsistencia, con mano de obra masculina y carácter familiar (Oyarce, Romaggi y Vidal, pp. 79-81). El nivel de vida de la familia *mapuche* ha sido afectada por el problema del alcoholismo, que afecta principalmente a los hombres adultos y jóvenes *mapuches*. Diversos estudios médico-sociales han destacado la prevalencia de esta enfermedad caracterizada por patrones de ingestión excesiva (Medina y Marconi, pp. 273-284). También han sido estudiadas sus características y evolución en fuentes etnohistóricas (Lomnitz, 1969a, pp. 157-167; 1969b, pp. 49-79; y 1976, pp. 177-198). Sin embargo, este problema sigue vigente.

En segundo lugar, se destaca el aumento progresivo de los migrantes mapuches jóvenes de ambos sexos. Sabemos que a menudo sin concluir la

enseñanza básica y a veces una vez concluida ésta, los jóvenes mapuches inician su proceso migratorio hacia la ciudad de Santiago, o bien hacia áreas urbanas próximas a sus lugares de origen. Debido principalmente a la deserción escolar prematura como también a la carencia de una formación técnico-profesional, estos jóvenes suelen acceder a trabajos no especializados y mal remunerados. Generalmente, las mujeres se incorporan en el mercado laboral como empleadas domésticas; y los hombres como panificadores u obreros de la construcción. Parece ser que la migración de jóvenes mapuches rurales ha contribuido al aumento de la densidad demográfica en las áreas de extrema pobreza de Santiago, a las cuales acceden inicialmente en calidad de allegados. Al formar sus propias familias, no les es posible acceder al arriendo de una vivienda adecuada ni menos a su adquisición. A ello se suman las dificultades adaptativas en el nuevo medio, los riesgos que presentan diversos ambientes periféricos (delincuencia, alcoholismo, drogadicción, etc.), de desajuste o desorientación sociocultural, de crisis de identidad étnica, acentuadas por la incompreensión cultural y prejuicios étnicos.

En tercer lugar, las estadísticas educacionales recientes de la población escolar *mapuche* en las áreas rurales de la IX Región de la Araucanía demuestran la magnitud del ausentismo, repitencia, deserción y fracaso escolar. Es necesario detectar las diversas causas de estos problemas como también buscar soluciones factibles y culturalmente coherentes. El propósito central debería propender al logro de la continuidad y éxito de los jóvenes *mapuches* en todos los niveles educativos básicos, para luego proseguir hacia las etapas siguientes de educación media, técnico-profesional y/o universitaria. De hecho, una encuesta realizada en 1986 con un grupo de estudiantes *williches* (o *mapuches* del sur, X Región) demostró su interés por obtener mayor educación y capacitación, lo que les permitiría acceder a trabajos mejor remunerados y más estables y a una mejor calidad de vida (Délano y Larrañaga, 1986, pp. 81-96).

Recientemente, en la IX Región se han incorporado algunos programas experimentales de educación intercultural bilingüe. Ellos implican tanto la mantención, cultivo y desarrollo de la propia cultura y lengua indígena como también la inserción gradual de los niños *mapuches* en otros contextos culturales para facilitar su acceso a nuevas experiencias, conocimientos y valores. Implica, por un lado, propender a un afianzamiento de la identidad étnica y, por otro, lograr la articulación de los grupos étnicos con la sociedad nacional, respaldado por la tolerancia, respeto mutuo de la valoración de la diversidad cultural y lingüística (Capella, 1993, p. 17).

Paralelamente, en el área de mayor densidad de población *mapuche* —IX Región de la Araucanía de Chile— se está produciendo actualmente un notable auge industrial y agropecuario enmarcado en un desarrollo regional de crecimiento progresivo y expansivo, que requiere de técnicos y profesionales jóvenes bien capacitados y enraizados en la región y sus comunidades.

RAPA-NUI: A partir de 1888, Rapa-Nui o Isla de Pascua —isla polinésica situada en el Pacífico Oriental— forma parte del territorio de Chile. En la actualidad, los *rapa-nui* o *pascuenses* —habitantes nativos de Isla de Pascua— ascienden a 21.848 personas (INE, p. 69), cifra que incluye tanto a los 1.175 residentes isleños (ibíd., p. 48), como también a los 20.673 migrantes continentales ubicados en diversas regiones, ciudades y pueblos de Chile. En el presente, los procesos de migración y asentamiento de los *rapa-nui* se concentran preferentemente en la Región Metropolitana —con 11.648 residentes urbanos (ibíd., p. 57)— seguida de la V Región —con 3.344 residentes urbanos (ibíd., p. 48)—.

Como tendencia general, se observa una marcada preferencia por elegir centros urbanos de mayor desarrollo industrial, en los cuales se dan mejores posibilidades para acceder a opciones laborales y salariales más satisfactorias. En sus nuevos lugares de residencia, los migrantes suelen generar núcleos residenciales que facilitan e incentivan una interacción frecuente entre sus miembros. El contacto de los migrantes con Rapa-Nui se revitaliza mediante viajes a la Isla y visitas de isleños a Chile continental.

Kawéskar y Yamanas

Los últimos *kawéskar* y *yámanas* de los canales del extremo sur de Chile fueron excluidos del censo de poblaciones indígenas de Chile (INE) quizás debido a su escaso número. Sin embargo, ambas culturas indígenas subsisten aún. Hoy día, ascienden conjuntamente a la cantidad aproximada de 169 habitantes (Véase Aylwin).

Se cuenta actualmente con informaciones fragmentarias acerca de estos últimos *kawéskar* y *yámanas*, descendientes de dos grupos indígenas australes canoeros pertenecientes a las generaciones tardías de nómades del mar. Su hábitat original ha sido identificado en el pasado y presente como los canales australes de la costa de Chile.

Comunidad Kawéskar:

De acuerdo a los estudios realizados por Emperaire, se sabe que de 396 *kawéskar* nacidos a fines del siglo XIX quedaban vivos sólo 61 entre 1948 y 1953, principalmente debido a las epidemias (Emperaire, 80). Durante 1971, en Puerto Edén se habían reducido a 49 (Grebe 1974: 86). Entre los últimos sobrevivientes, subsiste hoy día una reducida cantidad de indígenas de filiación netamente *kawéskar*, a los cuales se han sumado sus descendientes, muchos de ellos mestizos. Los medios de subsistencia de los *kawéskar* se han basado principalmente en la pesca, recolección de mariscos, elaboración de artesanías y otros oficios.

La identificación de los últimos *kawéskar* ha sido posible gracias a un trabajo realizado en 1992 por la Corporación Metodista de Magallanes. Los

criterios empleados para incluir a los descendientes consideraron la filiación consanguínea con por lo menos un antepasado inmediato de este origen étnico, independientemente de su competencia en la lengua *kawéskar* y de llevar apellido *kawéskar*. Debido a su diáspora migratoria, los *kawéskar* están repartidos en cinco enclaves australes: Puerto Edén, Isla Guarelo, Puerto Natales, Río Verde, Punta Arenas, Porvenir y Magallanes. Algunas personas *kawéskar* han emigrado hacia otros lugares del país, radicándose en Panguipulli, Santiago y en un lugar aún no identificado de la zona central del país. Basándose principalmente en los datos de la Corporación Metodista de Magallanes, Aylwin, p. 57) reconoce la existencia de una población *kawéskar* total de 101 personas que se desglosan como sigue:

1. Puerto Edén: 12
2. Isla Guarelo: 2
3. Puerto Natales: 12
4. Río Verde: 4
5. Punta Arenas: 64
6. Porvenir: 1
7. Magallanes: 2
8. Panguipulli: 1
9. Santiago: 2
10. Zona central 1 (lugar no identif.)

Comunidad Yámana

La mayoría de los últimos miembros de la comunidad *yámana* residen en un enclave denominado Villa Ukika, situado a dos kms. de la ciudad de Puerto Williams en la Isla Navarino. En dicho contexto, sus medios de subsistencia, muy similares a aquellos de los *kawéskar*, derivan de la pesca, extracción de mariscos, elaboración de artesanías y trabajos ocasionales. La diáspora migratoria ha dispersado a los miembros restantes hacia diversas localidades del país: Valparaíso, Villa Alemana, Talcahuano, Castro, Punta Arenas y Dawson. Otros se encuentran en la ciudad argentina de Río Gallegos o en lugares desconocidos. Los datos acerca de la población *yámana* actual han derivado principalmente de la propia comunidad *yámana*, complementados con aquellos del Informe Social de Integrantes “Comunidad Yámana de Navarino”, realizado por la Gobernación Provincia Antártica Chilena (1993). De acuerdo a la versión de Aylwin (pp. 67-68) basada sobre estas fuentes, la población *yámana* total se compone de 74 personas que se desglosan como sigue:

1. Ukika y Puerto Williamas: 51
2. Valparaíso: 2
3. Villa Alemana: 3
4. Talcahuano: 5

5. Castro: 2
6. Punta Arenas: 3
7. Dawson: 1
8. Río Gallegos (Argentina): 4
9. Lugares desconocidos: 3

ALGUNAS REFLEXIONES FINALES

Una cantidad apreciable de miembros de los grupos étnicos del área andina, incluyendo a muchos de nuestro país, han emprendido y siguen emprendiendo su propia aventura migratoria. Sus estrategias adaptativas no les han impedido sufrir las consecuencias de este proceso en diversos grados de intensidad. Sus respectivas identidades étnicas se han enfrentado a nuevas experiencias asimilativas heterogéneas, que suelen generar crisis a veces profundas. Pero, muchos casos, sus respuestas a los nuevos desafíos parecen haber sido equilibradas, creativas y acertadas.

Como consecuencia de este proceso migratorio sumado al contacto interétnico e intercultural que lo acompaña, la diáspora indígena rural-urbana tiende a generalizarse a lo largo de la segunda mitad de nuestro siglo, incrementándose gradualmente en las últimas dos décadas. El proceso migratorio conlleva un reconocimiento de las diferencias culturales entre “nosotros” y “los otros”, que suelen persistir a pesar de la fluidez e interdependencia de los contactos interétnicos.

Algunos migrantes indígenas residentes en zonas urbanas concuerdan que la identidad y autoreconocimiento étnico del indígena es mayor en los espacios de encuentro e interacción que se dan en la zona urbana. En el proceso de adaptación de un indígena a la ciudad, lo propio y lo ajeno se miden, comparan y contrastan. De este modo, suele reaparecer con nuevo vigor su redescubrimiento y aprecio pro las manifestaciones culturales originales de su grupo étnico. No obstante, cuando el indígena migrante sufre un proceso intenso de aculturación, tiende a rechazar lo propio y marcar preferencias indiscriminadas por lo ajeno. En dicho caso, suele producirse una inversión valórica y cultural que se proyecta negativamente en su universo simbólico, repercutiendo ampliamente tanto en su estabilidad emocional y experiencia cognitiva como también en los dominios más amplios del quehacer cultural y de la interacción social.

La inserción exitosa en la sociedad mayor lograda tanto por muchos migrantes *aymaras* chilenos como también por profesionales y técnicos *mapuches*, difiere de la inserción problemática y conflictiva de los *atacameños* y *kawéskar/yámanas*. En el caso de los *mapuches*, la calidad de su inserción parece depender prioritariamente de su nivel educacional. Los numerosos técnicos y profesionales *mapuches* se han organizado para promover un desarrollo exitoso en sus diversas especialidades. En el caso de los *aymaras*

chilenos urbanos, su experiencia exitosa nos hace recordar el legado milenario del imperio de Tiwanaku, cuya alta cultura fue transmitida a generaciones sucesivas por intermedio de los señoríos o reinos aymaras postiwawanaku. Los principios culturales andinos del *ayne*, externalizados elocuentemente mediante la reciprocidad y complementariedad, rigen aún la conducta e interacciones sociales y económicas de los empresarios *aymaras* chilenos.

BIBLIOGRAFÍA

- Aylwin, José.** *Comunidades Indígenas de los Canales Australes: Antecedentes Históricos y Situación Actual*. Santiago, CONADI, 1995.
- Baker, Paul.** "Les Migrations Humaines dans les Pays Andins". *Nature et Resources*, 11, 3, 1975, pp. 2-12.
- Barth, Fredrik.** "Introduction". En F. Barth ed., *Ethnic Groups and Boundaries*. Bergen/Oslo, Universitets Forlaget, 1969, pp. 9-38.
- Buechler, Hans C. y Judith-Maria Buechler.** *The Bolivian Aymara*. Nueva York, Holt Rinehart and Winston, 1971.
- Capella Riera, Jorge.** "Interculturalidad e Interdisciplinarietà: Un Planteamiento Epistemológico desde la Educación". *Allpanchis* (Cusco), XXV, 42, 1993, pp. 5-39.
- Délano, Priscilla y Larrañaga, Liliana.** "Estrategias de Desarrollo: Visión de un Grupo Etnico Huilliches". *Cultura-Hombre-Sociedad* (Universidad Católica de Temuco), III, 2, 1986, pp. 81-96.
- Emperaire, Joseph.** *Los Nómades del Mar*. Santiago, Ediciones de la Universidad de Chile, 1963.
- Grebe, M. Ester.** "La Música Alacalufe: Aculturación y Cambio Estilístico". *Revista Musical Chilena* (Universidad de Chile), XXVIII, 126-127, 1974, pp. 80-111.
- . "Migración, Cambio Cultural y Transformaciones Simbólicas en la Primera Región de Chile". *Primer Encuentro Científico sobre el Medio Ambiente Chileno* (Versiones Abreviadas). La Serena, CIPMA, II, 1983, pp. 1-3.
- . "Efectos Socioculturales en Cadena en el Pastoreo de Puna del Norte de Chile". *Medio Ambiente y Desarrollo* (CIPMA), I, 1, 1984, pp. 127-131.
- . "Migración, Identidad y Cultura Aymara: Puntos de Vista del Actor". *Chungará* (Universidad de Tarapacá), 16-17, 1986, pp. 205-223.
- Grebe, M. Ester y Blas Hidalgo.** "Simbolismo Atacameño: Un Aporte Etnológico a la Comprensión de Significados Culturales". *Revista Chilena de Antropología* (Universidad de Chile), 7, 1988, pp. 75-97.
- Hidalgo, Blas.** *Organización Social. Tradición y Aculturación en Socaire, una Aldea Atacameña*. Santiago, Universidad de Chile (Memoria para Optar al Título de Antropólogo), 1992, 2 vols.
- Iguñiz, Javier.** "El Sur Andino desde una Perspectiva Nacional". *Allpanchis* (Cusco), XXI, 34, 1989, pp. 29-61.
- Instituto Nacional de Estadística.** *Resultados Oficiales del Censo de Población [1992]*. Santiago, Imprenta INE, 1993.
- Lomnitz, Larissa.** "Función del Alcohol en la Sociedad Mapuche". *Acta Psiquiátrica y Psicológica para América Latina* (Buenos Aires), 15, 2, 1969a, pp. 157-167.
- . "Patrones de Ingestión de Alcohol entre Migrantes Mapuches en Santiago". *América Indígena*, 29, 1, 1969b, pp. 49-79.
- . "Alcohol and Culture: The Historical Evolution of Drinking Patterns Among the Mapuche in Cross-Cultural Approaches to the Study of Alcohol". *World Anthropology*, Paris, 1976, pp. 177-198.

- Mangin, William P.** "The Role of Regional Associations in the Adaptation of Rural Migrants to Cities in Perú" [1959]. En D.B. Heath y R. Adams eds., *Contemporary Cultures and Societies in Latin America*. Nueva York, Random House, 1965, pp. 311-360.
- . ed. *Peasants in Cities: Readings in the Anthropology of Urbanization*. Boston, Houghton Mifflin, 1970.
- Medina, Eduardo y Juan Marconi.** "Prevalencia de Distintos Tipos de Bebedores de Alcohol en Adultos Mapuches de la Zona Rural en Cautín". *Acta Psiquiátrica y Psicológica de América Latina* (Buenos Aires), 16, 1970, pp. 273-284.
- Narroll, Raoul.** "Ethnic Unit Clasification". *Current Anthropology*, V, 4, 1964, pp. 283-320.
- Oyarce, Ana María, María Isabel Romaggi y Aldo Vidal.** *Cómo Viven los Mapuches. Análisis del Censo de Población de Chile de 1982*. Santiago, PAESMI, 1989.
- Salomón, Frank.** "Weavers of Otavalo". En N. Whitten ed., *Cultural Transformation and Ethnicity in Modern Ecuador*, Urbana, University of Illinois Press, 1981.
- Sánchez Enríquez, Rodrigo.** "Procesos Culturales e Identidad Étnica en Perú y Ecuador". *Allpanchis* (Cusco), XXVI, 43-44, 1994, pp. 321-378.
- Vial Correa, Gonzalo.** *Historia de Chile* [Tomo III]. Santiago, Ed. Portada, 1981.